

I

Juan del Mar.

No son los grandes Alpes coronados de nieve, ni los montes Pirineos, ni los cerros de Auvernia, ni aun los montecillos bretones, que son con relación á los picos gigantes lo que las ondas de un estanque respecto de las inmensas olas del Océano.

Es una cadena de colinas desordenadamente agrupadas, con rocas que harían temblar si se las mirase con cristal de aumento; miniaturas de abismos, precipicios enanos en que los hilos de agua, disfrazados de torrentes y á lo mejor arrojando espuma, se enfadan como niños traviosos y parodian los saltos del Rhin cayendo de una altura de quince pies.

Debemos, sin embargo, confesar que puede uno romperse la cabeza en tales precipicios y ahogarse en aquellos arroyuelos.

Por lo demás, el país es encantador; jardín inglés de cinco á seis leguas cuadradas, que nunca suministró decoraciones á la Opera Cómica ni descripciones á los viajeros de gabinete; amable país donde no se encuentran castillos (castillos de farol), ni ingleses, ni aguas termales, y, por lo tanto, ni enfermos de *vaudeville* cociendo al sol sus catarros.

Buen país, que no conoce la ruleta ni el treinta y cuarenta de las localidades decididamente pintorescas.

Dulce país, que no ha tenido más que un cantor, pero el más seductor de todos los cantores: la marquesa de Sevigné (1).

La deliciosa Marquesa amaba el país y le acariciaba y ridiculizaba. En aquel tiempo París conocía á La Gravelle, Erné y Vitré.

(1) La tierra de las Rocas, castillo de madama Sevigné y al presente poseído por una de las más honradas familias de Bretaña, está situado á pocas leguas del sitio en que se desarrolla nuestro drama.

Muerta la Marquesa, se desvaneció esta gloria. Vitré, Erné, La Gueville, Martigné, todas estas capitales han caído en las tinieblas.

Se dice que los conserjes de Ferney han vendido desde el último siglo cincuenta y tres mil bastones del Sr. Voltaire: ignoramos las reliquias que constituían el comercio del guarda de campo de Ermenonville. Lo cierto es que el portero de Rochers no ha vendido jamás ni una sola bombonera de la Marquesa.

Esto no prueba, Sevigné, flor de invernadero, graciosa y noble gloria, que os hayan olvidado. Prueba que hay comarcas felices y honradas, y países manchados por la charlatanería; senderos verdes, y caminos en que la planta del vulgo levanta nubes de polvo.

Estamos en los confines de Bretaña y de Francia, como en otro tiempo se decía; á la mitad del camino de Rennes y de Laval, teniendo un pie en l'Ille-et-Vilaine y el otro en la Mayenne. París se encuentra hacia el Oeste, á ochenta leguas de nosotros.

En 1828, época en que comienza nuestro relato, ochenta leguas eran mucho. Ahora no son nada, pues los ferrocarriles alargan excesivamente los arrabales de París.

En el centro de la cadena de colinas de que hemos hablado y que va á morir en Vitré, los movimientos del terreno adquieren proporciones más amplias. Los valles se abuecan, los montículos se agrandan, la hermosa selva de Ceuil ostenta sus árboles seculares en rampas rudamente talladas, y la llanura de Vesvron, que desciende á La Vilaine, muestra entre las rojas hierbas altas rocas de color gris blanquiceo, que semejan montes fantasmas cuando llega el crepúsculo vespertino.

El castillo de Ceuil está situado en la selva misma, que le rodea por tres lados. Solamente su fachada está descubierta y domina una enorme pradera que riega el Vesore, afluente del Vilaine.

Á la izquierda del castillo, el bosque se extiende hasta la montaña y va á terminar á lo lejos del lado de la Mayenne; á la derecha, el camino de Laval pasa encajonado y como perdido entre los sauces que

bordean el Vesvre; al otro lado del camino, una escalera rocosa abierta á pico expone al sol del mediodía las menguadas ramas de hierba y el oro oxidado de sus aulagas.

El Vesvre viene del Este, dando la vuelta por el espacio que sirve de base al castillo, y á una media legua encuentra el estanque de Brehaim, que vierte sus aguas en el Vilaine.

A causa de su misma conformación y de la dirección contraria de sus aguas, todo el país situado en la selva de Ceuil está sujeto á frecuentes inundaciones, encontrándose durante ellas el castillo en una isla, y no pudiendo comunicarse con Vitré sino muy difícilmente. Mas un sistema de esclusas que parten del estanque de Breahim deseca la llanura, como lo haría una potente máquina hidráulica, y de la noche á la mañana el lago se convierte en pradera.

Hay detrás del castillo de Ceuil un caserío formado por unas cuarenta viviendas, con su pequeña iglesia, que se llama el barrio de Vesvron.

En 1828 el dueño del castillo de Ceuil era un anciano octogenario que tenía por nombre Juan Crehu de la Saulays, inmensamente rico y que gozaba fama de no hacer bien ni mal á nadie.

Desde las ventanas de su feudo, cuanto alcanzaba su vista, ayudada por grandes anteojos con armadura de plata, eran tierras de su pertenencia. El horizonte se cerraba bajo sus dominios, y el azar que había hendido la montaña para mostrarle á lo lejos casi imperceptiblemente la vieja aldea de Vitré le presentaba, justamente en el primer piso del más extraño anfiteatro de ruinas que puede soñar la imaginación, su hotel hereditario, el hotel de los Saulays, gran casa gris, empizarrada de verde desde el último al primer piso, y con un ventanal de pequeñas vidrieras sobre los fosos de la ciudad.

Juan Crehu no era amado ni aborrecido; sus innumerables colonos le pagaban su arrendamiento sin pedir jamás rebaja los años malos, porque sabían que sería rechazada su demanda. Mas, por otra parte, desde el año 1813, época en que el dueño de Ceuil había vuelto á habitar en sus tierras, nunca pensó en aumentar sus alquileres, á ejemplo de los propieta-

rios vecinos. Era una compensación. No brillaba el castillo por su hospitalidad. No obstante, los días de inundación su puerta se abría para todo el mundo; pero cada cual debía llevar su pan y su leche.

No es que se rehusara el alimento á los que tuviesen hambre; pero evidentemente se daba de mala gana, y el pan de la forzosa limosna es amargo para la boca del aldeano bretón.

En el país Juan Crehu era conocido más que nada bajo el nombre de Juan del Mar, apodo que recordaba la procedencia de su inmensa fortuna. Juan Crehu era hijo de un hidalgo de gotera de Vitré que había vendido uno á uno sus bienes y murió pobre, no en el castillo de Ceuil, que nunca había pertenecido á la familia, ni tampoco en el hotel de la Saulays, que había enajenado para vivir, sino en algún agujero ignorado, pues tenía desmedido afán por la selva.

El hijo no siguió su ejemplo. Se hizo corsario en 1792, y acaso fué el único de quien seguramente pudo decirse que no bebió nunca más que agua.

Era muy bueno, muy frío y duro, como el acero de su hacha de abordaje. Mató muchos ingleses y algunos franceses, así como por distracción, y ganó montones de onzas. Como hombre de orden que era, las empleó en buenas tierras, y llegó á ser el personaje más importante de la comarca.

Los domingos y días festivos oía misa en la parroquia de Vesvron. Durante el santo sacrificio permanecía junto á su banco, de pie, derecho como el palo mayor de su antiguo navío. En la colecta daba una pieza de diez sueldos. Terminada la misa, saludaba al rector (cura párroco) con un gesto frío y se iba solo, seguido á lo lejos por su familia.

Porque tenía una familia; no hermanos ni hijos, sino dos sobrinos y una joven de diez y seis años, que también le llamaba «mí tío». Esta joven, de nombre Berta, era ciega de nacimiento, y la había llevado no se sabe de dónde cuando apareció en 1813.

Sus dos sobrinos no eran hermanos, é ignoraban el grado de parentesco que los unía. El mayor contaba treinta años y se llamaba Fargeau; el más joven no tenía más que veinte años y su nombre era Luciano.

En las cercanías aún contaba Juan del Mar con media docena de parientes más ó menos lejanos, á los cuales había recomendado seriamente que nunca fueran á verle.

Era una noche fría y sombría del mes de Diciembre.

En la cocina del castillo de Ceuil, donde se pasaba la velada, era numerosa la concurrencia.

El viento soplabá fuera y la lluvia azotaba los cristales de la sala baja.

Para alumbrar la cocina no había más que una lámpara, encendida en el mismo hogar, donde la lumbre dormía bajo la ceniza.

De ordinario á aquella hora todo el mundo reposaba en el castillo de Ceuil, y aun generalmente el hogar no estaba rodeado por tan numerosa compañía; mas hacía tres días que la llanura se hallaba cubierta de agua, y los colonos vecinos habían pedido en masa hospitalidad. Esto se repetía, por lo menos, una ó dos veces al año, y cada cual tenía de antemano su sitio señalado.

En tales ocasiones Juan del Mar no daba señal de vida á sus terratenientes, que entraban sin darle los buenos días y salían sin decirle ¡Dios le bendiga! Se quedaba en la habitación que había elegido en el extremo más distante de la casa, fumando su larga pipa de cuerno y leyendo libros obscenos.

La cocina era una gran pieza alumbrada por tres ventanas, frente á las cuales había tres camas grandes. La chimenea, cubierta por ancha campana de fábrica, sobresalía cinco ó seis pasos del muro. En aquel momento guarecía á la concurrencia entera, mientras que las cenizas calientes acababan de cocer la cena común en un colosal caldero.

El contenido del caldero arrojaba bocanadas de vapor cuando el viento penetraba por la chimenea. Era el plato nacional; el *grous*, caldo de trigo negro, espeso, que una vez frío se corta como el pan en gruesas rebanadas.

Los *grous* se comen con manteca derretida ó con leche cuajada. Cuando se usan con moderación extremada, y además se posee un estómago de bronce, no producen más que ligeras indigestiones.

No alimenta mucho, pero es soso como el yeso y pesado como el plomo.

Un aldeano de Ille-et-Vilaine que tiene ante sí un buen trozo de *grous*, dos libras y media de sardinas de cuba y un azumbre de sidra, siente lástima hacia los pobres diablos reducidos á pastel de *foie gras* y burdeos á todo pasto.

Allí estaba, sobre los poyos que se alineaban á ambos lados del hogar, la vieja Renata, que hilaba con una mano y con la otra daba vuelta al *grous*; Mathurin Houin, el molinero Ivon, Faucin, Merieul, Jaume el pastor y Louisic, del horno de pan.

En el momento en que entramos en la cocina, Renata, excelente anciana que tenía tres verrugas en la nariz, dos en la barba, cinco en las mejillas y un hermoso bigote canoso, acababa de contar una historia, la famosa historia de la cantera sin fondo, en la que el obispo cayó con su carruaje de cuatro caballos.

La concurrencia sabía la historia tan bien como la señora Renata; pero en Bretaña, cuanto mejor se sabe una historia, más gusta escuchar su narración.

—Lo que os prueba bien—había dicho la vieja Renata como moraleja de su relato—que la cantera no tenía fin, puesto que no se ha encontrado el carruaje, ni á los cuatro caballos, ni al señor obispo.

Cada cual se había convencido lentamente de la gran verdad de esta enseñanza. La lluvia seguía cayendo.

—¡Buena lluvia!—dijo Pedro Mechet, el peluquero. Merieul y Faucin repitieron:

—¡Buena lluvia!

—¡Es verdad!—añadió Mathurin Houin.

Falta saber por qué en época de inundación, cuando había seis pies de agua en la llanura, las buenas gentes de Ceuil y de Vesvron entonaban una canción á la lluvia. Era la razón que hacía dos días se había helado el estanque de Brehaim y el hielo impedía abrir las esclusas. Aquella lluvia facilitaba el deshielo y, por lo tanto, la libertad del estanque.

La puerta que daba al interior de la casa se abrió suavemente y dió paso á una joven, mitad aldeana, mitad sirvienta, con maneras más desenvueltas de lo

regular, que entró furtivamente y fué á ocupar un sitio vacío.

Aquella joven cambió al pasar un signo de cabeza con Jaume el pastor. Su llegada produjo una impresión manifiesta de curiosidad.

La vieja Renata paró su rueca.

—¿Qué hay, Olivette?—dijo.

Olivette acaso no encontró de su gusto aquel modo de interrogar, pues se mordió los labios y no respondió.

—¿Qué hay, señorita Olivette?—preguntó Pedro Mechet á su vez.—¿Qué noticias del amo?

—Malas noticias—replicó al fin:—nuestro amo se ha acostado vestido. El señor Fargeau lee, y él no le escucha; el señor Luciano le contempla en silencio, y se ve que tiene mucho miedo. La señorita Berta está sola cerca del fuego: presiente una desgracia, pues, aunque no ve, sus ojos están llenos de lágrimas.

Esta última circunstancia produjo en el auditorio grandísimo efecto.

—Eso es un indicio—dijo Merieul.

—Y se han visto perfectamente otros indicios—añadió Jaume el pastor.

—Juan del Mar cumplirá ochenta y dos años para el próximo San Gil—hizo observar Mathurin Houin. Renata imprimió un movimiento más vivo á su rueca.

—Es mayor que yo siete años—refunfuñó aquél.

—¡Eres todo un valiente!—repuso Pedro Mechet.

—¡Sí—dijo la vieja, que reflexionaba,— un valiente!

Y una vez por este camino, giró la conversación sobre Juan del Mar como si ya hubiese muerto.

Todo porque había *indicios*.

—Es triste aquella habitación—dijo Olivette estremeciéndose.—Es triste hasta poner la carne de gallina. Está pálido en su lecho; el sudor le corre por los cabellos grises hasta la frente y sus ojos se han agrandado.

—¡Un indicio más!—murmuró el concurso.

—Cuando se le habla de un médico, se enfada. Y además, ¿dónde encontrar un médico? En veinticuatro horas ha envejecido diez años.

—Su padre murió de pie—murmuró la vieja en voz baja,—como debe morir un Crehu: sin médico y sin sacerdote.

Todo el mundo se santiguó y por los asistentes corrió como un estremecimiento. Todos trataron de alejarse de Renata.

—Además—dijo lanzando á los circunstantes una mirada de desaffo,—si no hubiera sacerdotes, no habría pecados.

—¡Haya paz, vieja!—dijo Mathurin Houin con autoridad.—Excepto usted, aquí no hay más que cristianos.

—Tengo un rosario en mi bolso, Mathurin Houin, y soy mejor cristiana que tú, que robas el trigo en tu molino y que pegabas á tu mujer antes de haberla matado.

—¡Vamos, vamos!—dijeron algunas voces conciliadoras.

Y otros añadieron para variar diestramente la conversación:

—¡Oh, buena lluvia! ¡Buena lluvia! Mañana estará libre el prado.

Reinó un momento de silencio, durante el cual no se oyó más que el chisporroteo de la lumbre y el golpear del aguacero en los cristales.

—He aquí un hombre que ha ganado mucho dinero en su vida—dijo Olivette al cabo de unos instantes.

—Y que se ha divertido—añadió Merieul.

—Dicen—prosiguió Olivette—que era en sus tiempos el más guapo mozo del país.

—Dicen la verdad, Olivette—replicó agriamente Renata:—hoy no se encontraría un hombre como Juan del Mar.

—Ni una mujer como mamá Renata cuando tenía diez y seis años—murmuró por lo bajo riendo Mathurin Houin.

—¡Oh!—dijo Olivette.—¡Ahí está el señor Luciano! La vieja se encogió de hombros; Jaume el pastor se puso rojo como una amapola.

—¿Está todavía?...—dijo Olivette.

Pero no terminó y una nube roja coloreó sus mejillas, mientras que dirigía una mirada brillante y furtiva hacia el primero de los tres grandes lechos.

Jaume pasó del rojo escarlata á una densa palidez.

En el sitio preciso en que se había detenido la mirada de Olivette en mitad de su frase interrumpida, había un personaje del que aún no hemos hablado al lector.

Estaba sentado sobre un tarugo, como los otros; pero cerca del lecho, y su cabeza, apoyada en una manta oscura, reposaba entre sus abundantes y desordenados cabellos.

Tenía los ojos cerrados.

La oscilante luz de la lámpara tan pronto le sumía en la sombra como envolvía su rostro en vaga y tenebrosa claridad.

En tales momentos se distinguía bajo su traje de aldeano, dispuesto con cierta coquetería, un muchacho de quince á diez y seis años á lo sumo, con cabeza de Antinoo, cuerpo de atleta, gracioso y encantador en su sueño.

II

El cirio.

Jaume el pastor tenía veintitrés ó veinticuatro años, la edad precisa para casarse con los diez y ocho años de Olivette. Era un buen muchacho, honrado, afectuoso, que sabía trenzar como el que lo hiciese mejor un sombrero de paja, graduar la cuerda de un látigo, tallar un silbato y beber su escudilla llena.

En lo físico no estaba mal conformado, y su cara redonda encuadraba perfectamente en sus cabellos cortados á lo Juan Gil.

Más de una muchacha de Vesvron pensaba en él. Por lo tanto, tenía razón en temblar siguiendo la mirada que Olivette dirigió al hermoso durmiente.

Olivette tenía la presunción de ser algo más que una aldeana, porque su fresco palmito casi no se parecía á los rostros largos y curtidos de sus compa-

ñeras. Además, en el verano llevaba trajes de india y de merino en el invierno, lo que la elevaba sobre el nivel ordinario de las demás.

Para una persona distinguida, como lo era Olivette, Jaume ocupaba un puesto acaso un poco inferior en la escala social. Olivette hubiera podido pedir que, por lo menos, su prometido vistiese librea.

Pero su fantasía no iba por aquel lado. El criado de Juan Crehu, que tenía un viejo uniforme gris con galones raídos para los días que iba á Vitré, no seducía en modo alguno á la joven. El feliz mortal que aceleraba los latidos de su corazón no tenía galones rojos ni sombrero bordado.

Era Tiennet, el hermoso Tiennet Blóne, el dormilón que en aquel momento hacía almohada de sus abundantes cabellos negros.

¡Ah, si Tiennet hubiese querido!

Pero Tiennet tenía, en verdad, otra cosa en la cabeza.

El pobre Jaume estaba celoso ó inspiraba lástima.

El dormilón no se había cuidado de lo que ocurría en la velada; sus ojos cerrados dejaban caer sus largas pestañas sobre su rostro, enflaquecido ligeramente, y en su boca entreabierta se dibujaba una vaga sonrisa.

Sus labios se movían á veces, pero sin producir ningún sonido. Sin duda hablaba entre sueños.

—¡No importa!—replicó Mathurin Houin.—¡La señorita va á ser rica como una condenada!

Olivette se mordió los labios, gruesos y rojos como dos cerezas.

—No se sabe—murmuró.—Hay otros herederos además de la señorita Berta.

—Sin duda—dijo Pedro Mechet—el señor Luciano y el señor Fargeau; pero...

—Sí—interrumpió la vieja Renata,—tienes razón al decir pero. No se sabe de dónde procede ella; y cuando un hombre como Juan del Mar lleva á su casa un niño, fijaos bien, no puede decirse que lo ha recogido en la calle por el amor de Dios. Los *grous* están cocidos; traed ya las escudillas.

No sabemos si es por la vecindad de la Baja Normandía, pero es cierto que los aldeanos de Ille-et-Vi-

laine rara vez dicen su última palabra. Sobreentendiéndolo mucho más que expresan, y para penetrar el fondo de su pensamiento es preciso prescindir del sentido preciso de sus palabras.

Nadie pidió explicación. Las escudillas se alinearon en la mesa. Todo el mundo había comprendido que, según la creencia de la anciana, Juan del Mar tenía una hija.

¿Lo había adivinado Renata? Sólo Juan del Mar hubiera podido decirlo.

—He aquí una—exclamó Jaume—que tiene necesidad de vengarse con una comparación: he aquí una que es buena y dulce como los ángeles. Si es rica, ¡tanto mejor! Si los demás son pobres para que ella sea más rica, ¡tanto mejor! Los otros me son iguales; pero la señorita Berta... ¡es la señorita Berta!

Fué preciso una cucharada llena de caldo de trigo negro para detener su flujo de entusiasmo. Por lo demás, nadie protestó en torno de la chimenea. Solamente Olivette hizo un imperceptible movimiento de hombros.

Cada uno estaba ocupado en mezclar sus *grous*, ya con manteca ó con leche cuajada.

—Tiennet no come—dijo Olivette, cuya voz adquirió una expresión particular para pronunciar tan sencillas palabras.

Jaume se olvidó de soplar su cuchara llena y se abrasó cruelmente.

—¡Bah!—dijo Mathurin Houin.—Tiennet sueña, y eso le alimenta. Sueña que viaja por el mar, como nuestro amo, y que trae el dinero suficiente para comprar el castillo de Ceuil, con el bosque, los molinos y el estanque de Brehaim al contado. ¡Oh Tiennet!

Tiennet se estremeció ligeramente y entreabrió los ojos.

Todos, excepto Jaume, se echaron á reír.

—¿Soñabas?—le preguntó Mathurin.

—Sí—contestó Tiennet.

—Con quién soñabas?

Tiennet respondió:

—Con Olivette.

—¿Con Olivette?—exclamó Jaume levantándose.

—¿Y qué soñabas?

—Soñaba—repuso Tiennet tranquilamente—que Olivette concedía una cita al señor Fargeau en el gran roble hueco de la Mestivière.

Nuevo y mayor estallido de risa de los aldeanos.

Jaume volvió á sentarse apretando los puños.

Pero lo más extraño fué el efecto que aquellas palabras produjeron en Olivette misma. Se puso en extremo pálida y sus labios temblaron.

Jaume la contemplaba, mientras gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

—Una cita con el señor Fargeau!—murmuró posando su mano sobre la de Olivette.—¡Oh!

La mano de la joven estaba helada.

—Tranquilízate, pastor—repuso Tiennet, cuya voz, tranquila y notablemente armoniosa, tenía como un acento de amargura.—No era una cita amorosa.

Jaume sintió que un escalofrío corría por los dedos de Olivette.

—¿Qué os he hecho, Tiennet Blóne?—murmuró la joven, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

Tiennet sonrió dulcemente.

—No me habéis hecho nada, mi pobre Olivette. Yo refiero mi sueño: he aquí todo. Pero he soñado algo más. ¡Hay una desgracia en casa! ¡He visto al Diablo!

—¡Al Diablo!—repitieron todos admirados.

Todos hicieron la señal de la cruz, y la vieja Renata, aunque se la suponía pagana, introdujo su mano huesuda en el fondo de su bolso para tocar furtivamente una cuenta de su rosario.

Tiennet había pronunciado sus últimas palabras con cierto énfasis; pero, viendo la angustia general, sus grandes ojos negros tomaron una expresión burlesca. Un auditorio menos asustadizo hubiera adivinado la broma bajo la falsa solemnidad de su lenguaje.

—El Diablo en persona, amigos míos—prosiguió.—Y ¿no sabéis? El Diablo se parece al señor Fargeau.

—Tiennet, ¿no quieres al señor Fargeau?—dijo Mathurin.

—No; pero eso no tiene que ver con el Diablo. ¿No está enfermo Juan del Mar?

—Olivette dice que está muy acabado.

—¡Estaba seguro de ello! El Diablo tenía una botellita y un vaso y hacía beber al señor Juan Crehu.

—¡Eso es otro *indicio!*—interrumpió Pedro Mechet.—Cuando se piensa en lo que una vez decía Merieul...

—¿Qué decía Merieul?—preguntó Tiennet.

—Merieul decía que al otro lado del agua anoche ha visto el cirio (1).

—¡Oh, oh!—dijo Tiennet, no sin cierto tonillo escéptico.

Pedro Mechet, muchachote robusto y más burdo que los *grous* que engullía su prodigiosa garganta, no se escandalizó, porque no comprendió el sentido de la exclamación de Tiennet.

—El cirio ha bajado—continuó diciendo—con la llama para abajo, y ha entrado en el castillo por la chimenea.

—Luego es asunto terminado—dijo Tiennet seriamente.

Después, cambiando de tono, añadió de pronto:

—¡Sois todos unos asnos! ¡No he soñado nada! ¡Al Diablo le daría vergüenza de preocuparse de vosotros!

Se volvió nuevamente, cruzó las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos para dormirse otra vez.

Olivette se había escurrido disimuladamente tras la cama y se había repuesto de su palidez.

—Señor Tiennet—murmuró,—respondedme muy bajo, como yo os hablo. Si no habéis soñado nada, ¿por qué decís que he dado una cita en el roble hueco de la Mestivière?

—¿Al señor Fargeau, señorita Olivette?

—Sí, al señor Fargeau.

—¿Por qué, señorita Olivette, dais citas al señor Fargeau en el roble hueco de la Mestivière?

Esto fué dicho con tono seco.

Olivette calló.

Buscaba, evidentemente, un medio para renovar la

(1) Cuando va á morir alguno, se ve descender un cirio por la noche, con la llama invertida, y penetrar en la casa: por la ventana, si es un sacerdote; por la puerta, si es una mujer; por la chimenea, si es un hombre, y sobre todo si es el amo de la casa.

conversación interrumpida, cuando se produjo un ruido lejano en el interior del castillo. Se oyó como un grito ahogado.

Tiennet dió un brinco y se puso en pie, con los músculos rígidos, y escuchó con atención.

Todo el mundo guardaba silencio y esperaba.

Se oyó un segundo grito.

—¡Es la voz de Juan del Mar!—dijo Tiennet Blóne.

Antes que nadie pudiera responder resonaron pasos precipitados en la habitación vecina, y un hombre joven, mozo y ya calvo, mostró su asustada figura en la puerta de la cocina.

—¡Señor Fargeau!—murmuraron.

A la vista del recién llegado, Tiennet había retrocedido en la sombra y se apoyó en la columna toscamente esculpida de uno de los lechos.

El señor Fargeau se había detenido en el umbral de la puerta.

—Mis buenos amigos—dijo dudando,—el señor Crehu de la Saulays está muy enfermo. Nos sería preciso quizás un médico.

—¡Quizás!—repitió mentalmente Tiennet Blóne, cuya mirada fría se fijó en Fargeau.

Nadie respondió á su llamamiento.

Aquel silencio, lejos de desconcertarle, pareció que le agradaba, porque desarrugó el entrecejo y su voz se hizo más segura.

—Sé muy bien—repuso—que hay dificultades: la noche está oscura, la barca ha sido arrastrada al otro lado del Vesvre, y sería muy atrevido el compañero que intentase atravesar á caballo la pradera inundada.

—¡Sí por cierto!—dijo Mathurin Houin.—¡Sería un hombre de pelo en pecho!

—¡Ciertamente!—agregó el pastor Jaume, que buscaba con los ojos á Olivette, sin dar con ella.

—¡Será preciso estar borracho!—murmuró Pedro Mechet.

—¡O ser muy inocente!

—¡O muy loco!

Tiennet Blóne escuchaba y no decía palabra. Fargeau desplegaba una malévola sonrisa.

Olivette se inclinó sobre el lecho á fin de poner la boca lo más cerca posible del oído de Tiennet.

—¿Lo oís?—le dijo muy bajo.—Para atravesar á caballo la llanura inundada es preciso estar loco ó borracho. Sin embargo, yo conozco á uno que la ha atravesado á caballo la noche pasada.

Olivette había creído dar un gran golpe; mas el joven se limitó á dirigirle una mirada penetrante y atrevida hasta el descaro. Olivette bajó los ojos, porque se sentía débil y vencida. Entonces, sin que ella pudiera verlo, Tiennet bajó á su vez la cabeza.

Una nube de amarga tristeza acababa de cruzar por su frente.

El señor Fargeau continuó dulcemente:

—¡Pobres hijos míos! ¿Qué hacer? El señor Juan está muy enfermo.

—Con la lluvia que cae desde esta tarde—repuso Mathurin Houin—el estanque de Brehaim debe de estar deshelado. Mi opinión es que el encargado de la esclusa habrá podido abrir esta noche las compuertas. Al amanecer se podrá pasar.

—Seguramente—dijo Jaume.—¿Qué hora es?

El señor Fargeau sacó su reloj.

—Las dos—respondió.

—Pues bien—exclamó Jaume,—á las seis se irá á buscar al médico.

El señor Fargeau parecía repuesto enteramente de la vaga inquietud que poco antes expresaba su rostro.

—¿De modo que, mis buenos amigos, ninguno quiere encargarse en seguida de la comisión?

Por segunda vez se oyeron pasos en el corredor.

—¡Bien!—gritó una voz franca y joven fuera.—¿Han partido, Fargeau?

El nombre del señor Luciano corrió de boca en boca. Cada fisonomía parecía decir: ¡Hé aquí un asunto que va á tomar otro giro y, de grado ó por fuerza, va á ser preciso que acabe mal!

Nadie estaba muy seguro, porque aquella noche oscura y sin luna había un peligro verdadero en atravesar la pradera inundada.

Fargeau respondió:

—He hecho lo que he podido; pero estas buenas gentes no quieren.

—¿No quieren?—repitió la voz del corredor con acento de cólera.

Al mismo tiempo una luz más viva que la de la lámpara iluminó la puerta, y el más joven de los sobrinos de Juan del Mar, Luciano Crehu de la Sau-lays, atravesó el umbral con una antorcha en la mano.

Era un gracioso y hermoso joven, de rostro dulce y casi afeminado. Era menos corpulento que Fargeau; pero su talla, sin ser notablemente robusta, tenía tanta flexibilidad y tan felices proporciones que parecía en realidad más alto que su primo.

Al entrar echó hacia atrás los bucles de sus cabellos rubios y recorrió con los ojos el grupo de criados y colonos de Ceuil.

—¿No quieren?—dijo otra vez, elevando la antorcha como para ver mejor á los recalcitrantes.—¿Cuando su amo está en peligro de muerte!

—¡Oh!—repuso el dulce Fargeau.—¡Quiero pensar que vas demasiado lejos!

Luciano se volvió hacia él y le tendió la mano.

—Mi pobre Fargeau—dijo,—no puedes acostumbrarte á esa idea; pero nuestro tío está muy cambiado y hace una hora que su mal aumenta de una manera terrible.

Se interrumpió para adoptar un tono de mando:

—¡Hola, Merieul! ¡Ensilla mi caballo! Puesto que aquí no hay un hombre resuelto, iré yo mismo.

—¡Usted, señor Luciano!—gritaron todos.

Tiennet abandonó la posición que hasta entonces había conservado cerca del lecho y avanzó al centro del círculo.

—Quédate, Merieul—dijo—aquí hay un hombre y quiero yo mismo ensillar el caballo que monte.

Fargeau había fruncido involuntariamente el entrecejo; pero su fisonomía recobró en seguida su benigna expresión habitual.

Los aldeanos contemplaban á Tiennet con la boca abierta.

Olivette, siempre oculta, le contemplaba con admiración.

Tiennet estaba tan tranquilo como si se tratase de ir hasta el final de la calle.

—Eso está muy bien, amigo mío!—le dijo Fargeau con afectado entusiasmo.—¡Está muy bien!

Y añadió más bajo, inclinándose hacia él:

—Irá usted á casa del doctor Morin, ¿verdad? Nuestro respetable tío no tiene confianza más que en el doctor Morin.

Tiennet se inclinó.

Luciano le alargó la mano, diciendo:

—Gracias, Tiennet. Si hubiera sabido que estabas ahí, te hubiera dicho tiernamente: Toma mi caballo y parte.

Tiennet apretó la mano que le ofrecía y en sus ojos brilló un relámpago de arrogancia.

Luciano añadió:

—Irás á casa del doctor Meaulle.

—Iré, señor Luciano.

—Y tan de prisa como tu caballo pueda llevarte.

—Si algún témpano de hielo no le estropea, señor Luciano, estaré en Vitré dentro de tres cuartos de hora.

Y salió de la sala baja.

—Seguramente—dijo Jaume,—el muchacho Tiennet pudiera no volver.

Olivette palideció en su escondite.

—¡Hijos míos—exclamó gravemente Mathurin Houin,—es preciso rezar un padrenuestro y un avemaría!

Y se levantó, quitándose su gorro de lana.

La anciana Renata volvió su silla, la única que había en la cocina, y se arrodilló.

Todos rezaron con lentitud el padrenuestro y el avemaría.

El viento y la lluvia, redoblando su violencia, hacían fuera un ruido infernal.

Se oyeron en el patio los pasos de un caballo.

Todos los aldeanos se precipitaron hacia la puerta y vieron á Tiennet montado. El señor Luciano le daba su último apretón de manos.

—¡Buen viaje, Tiennet—exclamaron,—y que Dios te bendiga!

Aprovechando aquel movimiento, Olivette se escurrió fuera de su escondite, subió corriendo la escalera de su cuarto y cayó de rodillas al pie de su lecho.

—¡Hasta mañana!—gritó Tiennet.

Y picó espuelas á su caballo.

Al cruzar la puerta del corral oyó la voz de Fargeau, que le decía por última vez:

—¡El doctor Morin, mi buen Tiennet! ¡Es á casa del doctor Morin adonde es preciso ir!

Se cerró la puerta del corral, se oyeron un instante las pisadas del caballo, que chapoteaba en el lodo del camino, y después todo quedó en silencio.

III

Berta la ciega.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

Fuera de los largos corredores oscuros y húmedos, en que el viento rugía con plañidero acento, y de las ventanas, cuyas vidrieras temblaban sacudidas por el huracán apagando el ruido de la velada, reinaba mortal silencio.

No obstante su preocupación, Olivette tenía mucho miedo al subir las escaleras del castillo para llegar á su habitación.

Un momento pensó detenerse en el descansillo y aguardar al señor Fargeau para decirle:

—¡Han sorprendido nuestro secreto! ¡No quiero ir más al roble hueco de la Mestivière!

¡Pero aguardar en una noche quejumbrosa y entre tan extraños sonidos! ¡Aguardar sola, sumida en las tinieblas, cuando un hombre se moría allí arriba, cuando se había visto el fatídico cirio!

Olivette tenía una naturaleza poética y no la intimidaba lo maravilloso cuando lucía un hermoso sol en la landa; mas al cabo era hija de Bretaña y aquella lúgubre noche pesaba en su alma como una helada mortaja.

No aguardó al señor Fargeau.

Aunque era muy curiosa, lejos de dirigir, como de

ordinario, una ojeada furtiva á la habitación del señor Juan Crehu, cuya puerta á medio abrir dejaba escapar una estrecha faja de luz, apresuró el paso temblando y por tres veces hizo la señal de la cruz.

Si Olivette hubiera sido más valiente, habría visto la habitación de Juan del Mar silenciosa y sombría, alumbrada solamente por una lámpara.

Era una vasta pieza, entarimada de roble negro y adornada aquí y allí con algunos viejos retratos colgados como al azar en las paredes.

Las negras vigas, sostenidas por otra maestra que se doblaba en la mitad de la estancia, reemplazaban al cielo raso y absorbían los pálidos reflejos de la lámpara.

Por todo mobiliario había una cama grande de colinas, de Juan Crehu de la Saulays; un sofá, un cofre tallado que servía de secreter y una estantería de tabla cargada de libros.

Juan del Mar estaba recostado en el sofá, lejos de la chimenea y cerca de la lámpara. Sobre un velador, á su lado, estaba abierto un librucho que asustaría á los sacerdotes y á las madres de familia; esa declamación pedante, esa blasfemia imponente, *Las ruinas de Palmira*, de Volney.

Juan Crehu de la Saulays era hombre del siglo pasado: la negación le tentaba, le agradaba la duda y pensaba que era un valiente repitiendo que Dios no existe, que el alma muere, etc.

Al lado opuesto de la habitación, en un rincón de la chimenea, estaba sentada Berta, la ciega, con la cabeza apoyada en el mármol, inmóvil y muda.

No había nadie más en la habitación.

Juan Crehu de la Saulays miraba al vacío. Estaba muy pálido y sus miembros parecían agitados por un continuo temblor.

Era un viejo de elevada estatura, frente alta, aunque estrecha, y figura delgada y larga.

Sus abundantes cabellos, su enmarañada barba y sus espesas cejas, que contrastaban con lo apagado de sus ojos, eran de color blanco brillante y uniforme; vestía pantalón de tela gris y cazadora de piel de cabra.

La impresión que producía aquel cuerpo físico y

flaco, aquella figura macilenta orlada por la nieve de la blanca barba y aquella mirada sombría que parecía no tener vida se asemejaba al terror.

La lámpara que cerca de él ardía alumbraba vivamente su rostro, dejando en la penumbra á la joven sentada cerca del hogar.

En los cuadros que el tiempo ha ennegrecido se descubren á veces bellezas nuevas, exquisitos contornos, divinas cosas que á la primera ojeada pasan inadvertidas.

Es lo mismo que una bruma que lentamente se disipa, como un velo que poco á poco se levanta.

Hay algo de misterioso, de sagrado, digámoslo así, porque el arte viene del Cielo.

Esas formas celestes que traspasan las nubes esparcidas por el tiempo, esos rostros que se adivinan, esa belleza cuya percepción es ya como una conquista, nos impresionan más profunda, si no más vivamente, que la belleza á plena luz y que las formas cuya perfección se ostenta á las miradas de todos.

Allí, en aquella media tinta, reflejando sobre el mármol negro de la chimenea, hubierais visto que era Berta como el ángel de los cuadros inspirados. Era hermosa aquella pobre joven á quien Dios había privado de la luz; hermosa como la melancolía de los diez y seis años, bella como la primera triste sonrisa del amor que rompe la indiferencia del alma de la virgen.

Berta no recordaba haber visto nunca la luz del Sol. Cuando Juan del Mar la había llevado con él en 1813, ya estaba ciega.

Era alta y esbelta hasta parecer delicada; su talle, gracioso en su flexibilidad, ocultaba sus delicados contornos bajo un traje de lana oscura.

En aquel momento, en que apoyaba la cabeza sobre el mármol, sus abundantes cabellos negros, sin ningún lazo ni adorno, caían en sedosos bucles á lo largo de sus sienes hasta el seno.

En sus labios frescos y acariciadores se dibujaba una sonrisa; pero una lágrima se deslizaba temblorosa por sus largas pestañas.

Sus ojos, de color azul oscuro y que no tenían la

fijeza de los de casi todos los ciegos, parecían pensativos.

Completo silencio reinaba en la habitación.

Berta escuchó; después extendió su mano blanca y finamente modelada en dirección de una silla que había desocupada á su lado.

—¡Luciano! ¡Señor Luciano!—murmuró muy bajo. Luciano no se cuidó de responder.

—¡Me parece que he dormido!—pensó Berta irguiéndose para pasar la mano por su frente, inundada de cabellos.—¡Debe de ser muy tarde!

Después llamó nuevamente en voz baja:

—¡Señor Luciano! ¡Señor Fargeau!

Nadie respondió. Los ojos de Juan del Mar permanecieron inmóviles y sombríos, como si no la hubiese oído.

Berta tembló ligeramente. Se sentía sola. Pensó que el enfermo dormía; después, que habría muerto. Se pasó las manos por la frente, inundada de sudor frío.

—¡Señor! ¡Señor!—llamó.—¡Tío! ¡Señor Juan Crehu! Siempre el mismo silencio.

Berta se arrodilló y cruzó las manos para orar. Pero antes de que pronunciara la primera palabra de una oración, se estremeció y se detuvo, porque una voz acababa de romper el silencio que la envolvía. Voz extraña que Berta apenas reconoció.

De ordinario Juan Crehu tenía el acento vibrante y rudo del hombre que largo tiempo ha hablado entre el ruido de la tormenta; pero entonces su voz era escasa y débil, aunque dulce.

—¿Qué haces ahí, Berta—decía el viejo,—y por qué estás sola?

—¡Dios sea loado!—exclamó Berta, cuyos temores se disiparon.

El viejo sonrió fúnebremente.

—Me creías ya muerto, ¿verdad?—murmuró.—¡Tengo ochenta y dos años!

—Aún vivirá usted mucho tiempo entre nosotros, tío—dijo la muchacha.

Juan del Mar le interrumpió.

—Haz sonar mi reloj, Berta—repuso.

Berta obedeció. El reloj dió las dos.

—Cierra la puerta—añadió Juan del Mar;—corre el cerrojo. ¡Esos dos sobrinos que he criado me abandonan!

—¡Oh señor!—dijo Berta.

—¡Y cuándo me abandonan! ¡Cuando voy á morir! ¡No tienen que esperar nada de mí, y se marchan! El hombre es así, hijita mfa. ¡Hace mucho tiempo que lo sé!

Berta, habituada á aquella cámara conocida, se dirigió á la puerta y la cerró.

—Ven aquí, Berta—prosiguió Juan del Mar, cuya voz se había suavizado:—siéntate aquí, muy cerca de mí, y hablemos.

Berta se sentó en la silla que antes había ocupado Fargeau, el sobrino mayor de Juan Crehu. El viejo le cogió las manos y Berta sintió un escalofrío al contacto de sus helados dedos.

—¿Estoy muy cambiado?—preguntó Juan del Mar.

Después, reponiéndose vivamente, añadió sonriendo con amargura:

—¡Qué loco soy! ¡Cuando veo esos hermosos ojos azules olvido siempre que está ciega!

Berta había dejado caer la cabeza.

Juan del Mar la contemplaba y su mirada parecía tener más vida.

—¡Sí!—pensó en alta voz.—¡He aquí el mundo, la obra que llaman de Dios! ¡En esta fruta madura y roja que invita á llevársela á los labios hay un impuro gusano! ¡Y esta criatura, que se parece á los ángeles, está herida con un castigo terrible! ¡Ella, que nunca ha pecado!

Berta palideció más, y después su rostro enrojeció de repente.

¿Acaso comprendía el sentido blasfemo de las palabras del anciano? ¿O las palabras «no ha pecado jamás» caían sobre su conciencia como un reproche?

Berta guardó silencio.

Juan del Mar continuó:

—¡A la edad en que otras jóvenes, como las flores, se abren á la sonrisa y á la alegría, tú sufres, mi pobre Berta! ¡Ni amas ni eres amada!

Soltó su mano; su mirada se tornó sombría y se perdió en el vacío.

No vió arrasarse las pupilas de la joven y derramar una lágrima que intentó reprimir. La lágrima se condensó en sus pestañas y rodó lentamente por la mejilla.

—Sabe—repuso Juan del Mar—que una vez quise matarte. Berta: tanta lástima me inspiraste. Tenías un año. El día antes había visto tus hermosos ojos azules mirarme y sonreír alegremente al hermoso Sol de los trópicos que vaporosamente se elevaba en el Océano. Porque entonces no estabas ciega.

Berta se irguió. Hubiérase dicho que sus ojos brillantes é inquietos habían recobrado de pronto el sentido de la vida.

—Fué aquel día—prosiguió el anciano—cuando Dios te hirió, ¡pobre inocente! Sobrevino la tempestad; jugabas en el castillo de popa en brazos de tu madre.

—¡Madre mía!—exclamó Berta.

—Una pobre inocente también, hija mía, y á quien Dios hirió cruelmente con el mismo golpe. El rayo que te privó de la vista, Berta, privó á tu madre de la vida.

—¡Oh!—dijo la joven llevándose las manos al corazón.

—Era hermosa como tú, joven y más feliz que tú. La metieron en una mortaja blanca con una granada de á doce al cuello y el mar fué su tumba. A ti te cogí en brazos, Berta, y cuando el médico de á bordo me dijo: «Está ciega para toda la vida», te suspendí un instante sobre el abismo. Pero me faltó el valor. ¡Perdóname, pobre niña!

Berta pensaba en su madre, que había muerto joven, hermosa, feliz.

Era la primera vez que Juan Crehu le hablaba de ella.

De ordinario el anciano permanecía mudo respecto á las cosas de lo pasado.

—Pero ¿crees en Dios, Berta?—repuso dando á su voz una inflexión de tristeza.

—¡Sí, sí!—interrumpió la joven, que juntó las manos con unción.—¡Creo en Dios, que guarda el alma de mi madre! ¡En Dios, que es la esperanza de los débiles y el consuelo de los desgraciados!

—Cree lo que quieras, hija mía—dijo Juan del Mar, que hizo un gesto de fatiga y tomó el volumen de Volney, abierto cerca de él sobre el velador.

Pero una expresión de tristeza ensombreció más aún su fisonomía y sus espesas cejas blancas se fruncieron.

—¡No puedo leer más!—dijo dejando el libro.—¡Vaya! ¡Parece que pronto voy á ver por mí mismo lo que hay de verdad en la creencia de los hombres! Haz que dé mi reloj, Berta.

El reloj dió las tres.

—¡El tiempo marcha esta noche muy de prisa!—refunfuñó Juan del Mar.

Después añadió, como riéndose de sí mismo:

—¿Cuántas horas hay en ochenta y dos años?

Recostó la cabeza en las almohadas del sofá y cruzó los brazos sobre el pecho.

En aquella posición y con la lengua barba blanca que caía hasta sus manos juntas, parecía una de esas estatuas de nobles varones olvidadas en las capillas, yacentes, derechas y rígidas sobre el mármol de sus viejas tumbas.

Al cabo de algunos minutos sonó un ruido en la puerta.

Juan del Mar recobró su voz de mando para decir:

—¡No entréis! ¡Quiero estar solo!

—Soy yo, mi muy querido tío—murmuró Fargeau en el pasillo.—Volveré cuando os plazca recibirme. Se oyeron sus pasos al alejarse.

Pero Berta, que, como todos los ciegos, tenía el sentido del oído sumamente fino, oyó otra cosa.

Eran los pasos de Fargeau, que volvía despacio, muy despacio.

Berta adivinó que Fargeau estaría mirando por la cerradura.

—Hija mía—dijo Juan del Mar después de prolongado silencio,—toma la llave de mi cofre, que está allí en el velador, y vé á abrirle.

Como la joven obedeciera, Juan del Mar la siguió con los ojos, en los que había cierta especie de ternura. Abrió el cofre.

—Encima de todo hay unos papeles—prosiguió el anciano:—toma los dos primeros y tráemelos.

Obedeció Berta. Cogió dos hojas dobles del papel grueso y ordinario en el cual el fisco tiene costumbre de colocar sus dos sellos.

Aquellos papeles eran dos testamentos ológrafos hechos en épocas diferentes.

El uno no contenía más que algunas líneas.

El otro tenía sus cuatro páginas llenas de una escritura compacta y menuda.

IV

Las flores de Mayo.

Juan del Mar retuvo entre las suyas la mano que le entregó los dos papeles sellados, y su mirada se posó sobre la frente pura y encantadora de Berta.

—¡Si amar no fuese aún más loco que creer—dijo á media voz,—pienso que te amaría, mi pobre Berta!

—Yo os amo, señor Juan—replicó la joven conmovida por el hálito de muerte que llenaba la habitación:—daría la vida por que Dios os guardase de todo mal.

Juan del Mar no respondió; pero una sonrisa feliz vagó bajo las espesas olas de su blanca barba.

—Enciende dos bujías y dame mi lupa—dijo,—pues, aunque sea por última vez, es preciso que lea estos papeles.

Berta encendió las dos bujías y buscó á tientas en el velador una gruesa lente montada en oro, que alargó al anciano.

Este la miraba fijamente, y su ruda faz, que en la proximidad de la hora postrera parecía aún más austera y grave, manifestaba como una vaga ternura.

—¡Me amas!—decía.—Acaso sea verdad, porque eres la única criatura humana en quien nunca he descubierto un mal pensamiento. ¡Me amas! ¿Y qué he hecho por ti? Te he dado pan como si fuera una

limosna. ¡No te he dado más que pan, pues ni siquiera tienes un nombre, mi pobre Berta!

Y la atrajo muy cerca de sí.

—¡Escucha!—murmuró.—¿Serías muy feliz si tuvieras un nombre, Berta?

—¿Un nombre?—repitió la joven como si no hubiera comprendido.

—Es preciso que te pague, hija—prosiguió el anciano con efusión.—Hace diez años, si he tenido algunos minutos de reposo y de felicidad, es á ti á quien los debo. Cuando cantas, Berta, sonrío á mi pesar... y, á pesar mío, espero. No me hables—siguió diciendo,—porque acabo de oír dar las tres y media en el reloj del castillo. ¡Treinta minutos más transcurridos! ¡Quién sabe si me quedarán de vida tantas horas como años he vivido! Si hay ángeles, de ben de tener la voz suave y pura como tú. ¡Tu voz es en el mundo la única cosa que me ha hablado del Cielo!

Y soltó la mano de Berta.

—Levántate—prosiguió;—vé por el arpa y canta.

Berta retrocedió asustada.

—¡Cantar!—dijo.—¡A esta hora, en el momento en que...

No terminó la frase.

—En el momento en que voy á morir, ¿no es eso?—dijo Juan del Mar.

Y despertando en él el pícaro espíritu de contradicción que le acompañaba desde su nacimiento, añadió:

—No merece la pena, es cierto. Pues bien, no cantes, hija mía.

Berta atravesó la habitación con paso vacilante y levantó la gruesa cortina que cubría la ventana. En el alféizar, profundo y largo, donde cuatro personas hubieran tenido amplio espacio, estaba el arpa. Berta la llevó hasta el centro de la habitación.

—¡Gracias!—dijo Juan del Mar con un resto de sequedad.

Berta preludió tímidamente. Sus ojos ciegos estaban llenos de lágrimas.

Mientras preludiaba, Juan del Mar tomó en la mano los dos testamentos y los examinó con el auxilio

de la lupa, que hacía cada letra más gruesa que el puño.

Berta no se había equivocado. Fargeau Crehu de la Saulays había vuelto á paso de lobo. Aplicó á la puerta su cabeza medio calva y sus ojos atisbaban á través de la cerradura: tenía toda su alma en aquel momento concentrada en la mirada.

Sin el ruido del arpa, se hubiese oído el soplo brusco é irregular que hacía palpar su pecho.

Fargeau adivinaba, por una intuición de ambición y de codicia, que se jugaba una partida terrible entre él y la ciega. Berta tampoco dudaba de ello:

Y se puso á cantar.

«Cuando iba á coger agua á la fuente, el ruiseñor de las noches decía con voz dulce:

»He aquí el mes de Mayo que pasa, y las flores de los espinos con él.

»¡Felices las jóvenes que mueren en la primavera!»

Juan del Mar lo había dicho: Berta poseía la voz suave y pura que deben de tener los ángeles.

Aquella voz delicada, limpia como el agua que cae en el pilón de cristal de las fuentes de hadas, iba derecha al alma y despertaba en ella el sentimiento de lo bello y de lo bueno, el pensamiento de Dios.

Juan del Mar había recostado su cabeza blanca en un extremo del almohadón, y escuchaba y leía.

El primer testamento, el que contenía cuatro grandes páginas de escritura menuda, era la naturaleza misma del viejo Juan Crehu de la Saulays traducida y trasladada al papel sellado.

Revelaba su escepticismo bizarro y orgulloso, su desesperación, el desprecio que profesaba á los hombres.

El otro testamento, el que contenía solamente algunas líneas, era una buena inspiración seguida por casualidad.

Sin duda conoceremos más tarde el primer testamento, que no llenaba todas las esperanzas del señor Fargeau.

En cuanto al segundo, decía sencillamente:

«Lego todos mis bienes muebles é inmuebles á Berta Crehu de Saulays, *mi hija*.

»Con el cargo de pasar una pensión de diez mil libras por año á (el nombre había sido borrado dos veces, escrito otras dos y borrado de nuevo), *mi hijo*.»

Berta proseguía su canto:

«¡Dichosas las jóvenes que mueren en primavera!
»Como la rosa abandona la rama del árbol, la juventud abandona la vida.

»A los que mueran en el mes de Mayo se los cubrirá de flores nuevas.

»Y de entre las flores nuevas las jóvenes muertas se elevarán al Cielo como el polen del cáliz de las rosas.»

Juan del Mar separó el largo testamento después de haberle dirigido una ojeada, y tomó el que no contenía más que tres líneas.

Se hubiera dicho que la celeste voz de Berta era para él como un consejo de lo alto.

Miró á la joven.

Los hermosos ojos azules de Berta se elevaban al cielo. Su rostro, de líneas correctas y llenas de armonía, alumbrado por viva luz, parecía rodeado de una aureola.

Juan del Mar se decía:

—¡Vaya! ¿Quién sabe? Creo que dormiré más tranquilo allá abajo, en el cementerio de Vesvron, si la dejo feliz.

Berta había dejado de cantar.

—¡Canta más, hija mía—dijo Juan del Mar,—que te escucho!

Las palabras «hija mía» fueron pronunciadas con la ternura que hace temblar á la voz de un padre.

Berta continuó:

«Cuando la pobre joven oyó lo que decía el ruiseñor, puso las manos en cruz.

»Virgen María, voy á rezar un avemaría en honor vuestro.

»Para que vaya pronto á reunirme con mis compañeras en el Paraíso...»

—¡Berta!—dijo en aquel instante Juan del Mar.

Era tal su acento, que los dedos de Berta se detuvieron rígidos en las cuerdas del arpa.

—¿Sufrís mucho, tío?—preguntó asustada.

Juan del Mar, sin causa aparente y en el corto espacio de tiempo que le fué necesario á la pobre Berta para cantar los primeros versos de su tercera copla, se había transformado.

Nadie hubiera adivinado qué extraño giro tomaban los pensamientos del anciano.

El austero aspecto que tan notablemente caracterizaba su rostro se había repentinamente transformado. Ni una sonrisa se dibujó en sus labios, ni rayo humano de luz brilló en sus ojos, que habían adquirido la inmovilidad de cristal.

En vez de contestar á la pregunta de Berta, arrojó lejos de sí la lupa, como si hubiera querido decir: «¡No veré más en el mundo!»

Después hizo cuatro dobleces el testamento que hemos transcrito más arriba, y lo acercó á la bujía para reducirlo á cenizas.

Fargeau se oprimía el corazón, que parecía ir á romperse en el pecho. ¿Cuál de los dos testamentos estaba amenazado de destrucción? ¿No podía verlo!

—Tío—repitió Berta, que no osaba moverse,—¿sufré usted mucho?

—¡No soy tu tío!—replicó el anciano.—¡Vete!

Berta se levantó para obedecer.

—¡Quédate!—repuso Juan del Mar, que parecía dudar.

El viento extraño soplaba; el pensamiento del viejo daba vueltas.

El viento que también sopla sobre nosotros y en torno nuestro con más ó menos violencia, es la locura humana que se llama orgullo.

El viejo, acostado sobre su lecho de muerte, estaba acostumbrado á asombrar á todo el mundo; es decir, á dos ó trescientos aldeanos de Vesvron y á cuatro docenas de burgueses de Vitré.

Porque el mundo es la cosa más elástica que pueda imaginarse. Para César, es el universo romano; para Napoleón, los dos hemisferios; para el viejo Juan Crehu, tan orgulloso como Napoleón y César, eran dos leguas cuadradas, trilladas por los surcos, y con sesenta ú ochenta casuchas en las que nadie sabía leer.

Con la condición de sumir á aquel mundo en la

admiración y en el estupor, decía Juan Crehu: ¡Dios no existe! Y se condenaba.

El buen hombre pensaba mientras Berta cantaba su última copla:

—¿Qué? ¡Juan del Mar va á ejecutar una buena acción, pura y simplemente como el fiel de fechos ó el cura párroco! ¡Miseria! ¡Miseria! Juan Crehu, *el hombre que no hace nada como los demás*, va á deshonorarse *in extremis* y á caer al nivel de la honradez. ¡Esto es ignominioso! Las gentes que me admiran van á creer que he temblado en el último instante. ¡Yo! ¡El viejo corsario! ¡Eso valdría tanto como llamar al sacerdote!

Y Juan Crehu se estremeció.

¡Oh! ¡De ninguna manera! Juan Crehu, el hombre más asombroso que produjo el territorio de Vesvron, quería morir del mismo modo que había vivido.

¡Era muy natural! Quería maravillarse á amigos y enemigos después de su muerte, como durante su vida.

Por eso había compuesto laboriosamente un testamento de cuatro páginas, modelo de atrevimiento filosófico, flor de escepticismo, milagro de originalidad.

Era la obra del *hombre que no hacía nada como los demás*.

Juan del Mar acalló enérgicamente la voz de su corazón.

—¡Acércate!—dijo á Berta.

Mientras Berta se dirigía hacia el sofá, el anciano dobló el segundo testamento igual en absoluto que había doblado el primero. Después repuso:

—Berta, tienes ante ti la felicidad ó la desgracia: elige uno de estos dos papeles.

—¡La desgracia y la felicidad!—repitió la joven, que no acertaba á comprender.

—¡Elige!—ordenó por segunda vez Juan del Mar. Y como la joven dudase, le cogió la mano para guiarla.

Berta cogió el primero de los dos testamentos.

—Está bien—dijo Juan Crehu:—ahora vuelve el otro á su sitio, cierra el cofre y tráeme la llave.

Berta hizo todo esto, y cuando volvió hacia el an-

ciano se detuvo, porque percibió olor á papel quemado.

Era que Juan del Mar acababa de quemar uno de los dos testamentos.

Sonreía como hombre que tiene conciencia de que ha obrado bien.

La llave del cofre la puso bajo la almohada.

—Abre la puerta, Berta—repuso el anciano.—Fargeau debe de cansarse de esperar y de escuchar. Vé á decirle que puede entrar.

Fargeau no tuvo más que el tiempo necesario para separarse de la cerradura.

Cuando entró, á pesar del deseo que tenía de ocultar su inquietud y los sentimientos que le agitaban, no pudo menos de dirigir una ávida mirada á las cenizas del testamento, que acababan de esparcirse en el piso de la habitación.

Las últimas pavesas volaban aún, jugueteando unas con otras.

¿Qué había escrito en aquel papel destruído, sombra de acta que poco antes valía dos millones?

Fargeau se dirigió á su tío y le pulsó afectuosamente.

—Serías un buen sobrino—le dijo Juan del Mar—si no escucharas tan curiosamente detrás de las puertas.

En aquel momento entró Luciano.

—Tío—dijo Fargeau en vez de disculparse,—he mandado buscar un médico.

El anciano se encogió de hombros y cerró los ojos. La mirada de Fargeau se dirigió hacia la chimenea, donde Berta había vuelto á ocupar su sitio.

Luciano se había inclinado al oído de la joven y parecía hablarle bajo.

Brillaron los ojos de Fargeau bajo la rubia franja de sus cejas. En su mirada había miedo, envidia y odio.

Eran cerca de las cuatro de la mañana. Hacía dos horas que Tiennet Blône había franqueado la puerta de la finca montado sobre el pequeño *Argent*, el caballo blanco del señor Luciano.

El viento soplaba en las ventanas altas de Ceuil y abatía los árboles desnudos de hojas en el bosque.

Todos dormían en el castillo.

El mismo Juan del Mar parecía amodorrado en el sofá. En un momento en que Luciano y Berta hablaban en voz baja y tan cerca que los cabellos rubios de Luciano tocaban á los negros de la joven, Fargeau se inclinó y después se arrodilló sobre el suelo en el sitio en que estaban las cenizas del testamento quemado. Las tomó con precaución, levantándolas sin que se desunieran, y se acercó á la lámpara.

A veces lo escrito deja sobre el papel quemado algunos trazos rojizos. Pero allí no quedaba nada. Fargeau inclinó la cabeza sobre el pecho y dirigió una postrera mirada á Berta.

La figura línfática y fría de Fargeau nunca expresaba vivamente un pensamiento y, por lo tanto, el que hubiese amado á la pobre ciegucecita habría temblado al sorprender aquella mirada, que era una amenaza cautelosa y terrible.

V

Tiennet Blône.

Hemos dejado á Tiennet Blône partiendo para Vitré á las dos de la mañana.

Apenas fuera, Tiennet y el caballo del señor Luciano se salaron como si se hubieran sumergido en el río. La lluvia caía á torrentes.

El caballo de Luciano era un lindo potro de Alençonais, esbelto y vivo, que tenía el trote largo de la raza inglesa y firmes piernas como un normando. Era blanco y se llamaba *Argent*. Tiennet le quería casi tanto como al señor Luciano y éste era la criatura humana á quien Tiennet quería más.

—¡Animo, pequeño *Argent*!—dijo dando la vuelta al castillo para ganar la avenida.—Hemos aguantado el agua de la noche pasada y aguantaremos aún la de ésta. ¿No es así, pequeño *Argent*?